

LA UNION, AYER

Era evidente que el minero se conmovía íntimamente ante el paso de Cristo bamboleante sobre su peana de flores y luminarias.

La muerte que habría una herida helada en el costado de Dios, hermanaba a los hombres con el Hombre. Muerto ya nuestro Señor. Sobre la piedra del Sepulcro, Dios estaba muerto, rígido y pajizo, con la carne manchada de cera. Así habrían de estar ellos algún día. Sólo que para Jesús habría de venir luego la música de las campanas, volteando alegremente en la gloria de la Resurrección. Y todo estaría salvado. ¿Todo? ¿Quién los salvaba a ellos de aquel mal sino de las minas? La muerte negra, en el frío de los pozos, en los largos caminos de la galería, ó bajo una sábana lavada, en la alta cama de hierro, con los pulmones rotos. ¡Buen final de todos modos!

¿Y luego, qué paisaje nuevo, qué horizonte imprevisto había de extenderse ante la sangre ya parada? ¿A qué nuevas minas habría de bajar luego?



Procesión unionense en el pincel de Asensio Sáez

Hasta el sencillo corazón del minero, repleto de tantos miedos -también de tantas esperanzas- descendía inesperadamente un dulce escalofrío que le hacía estremecerse hasta la raíz misma del pelo, hasta los centros mismos de las entrañas, hasta la misma médula de los huesos cansados. Dios pasaba junto a ellos. Dios. ¡Qué pala-

bra más grande! Durante el año ellos habían mirado muchas veces la cuna del hijo los suaves hombros redondos de la espesa, el dorado del pan sobre el mantel, pero nunca se había parado a mirar la sangre de Dios. Se habían acongojado muchas veces en el año ante la otra sangre cujada en los pulsos, como una dalia cortada, de

SEMANA SANTA MINERA

los compañeros, y ellos, hombres de duras espaldas y corazón entero, habían llorado trabisosamente ante esos muertos, pero ni una sola vez siquiera habían vuelto la cabeza para mirar las cinco heridas pintadas en el cuerpo de Nuestro Señor. ¡Cuántas palabras gastadas a lo largo del año! Y esos labios no se habían abierto nunca para decir y en nuestro



Procesión unionense en el pincel de Asensio Sáez.

corazón: "Padre nuestro que estás en los cielos, en la boca de la mina y en nuestro corazón" Y ahora, llegada la Semana Santa, estaban frente a ese Dios que parecía dejarles una claridad desconocida en el pensamiento. Frente a ese Dios tan complicado, tan elemental al mismo tiempo, que ellos no entendían bien del todo. Dios, sí. ¡Qué palabra más grande!

... De Cartagena y Murcia, tan próximas, maestras insuperables, recibió La Unión medidas y cánones estéticos. Sin embargo, la definitiva, la arrebatada personalidad minera acabó por imponer su pintoresquismo peculiar: personajes como don José Mellado, el tío Serrano, los Gutiérrez, los Garvilladores, con sus regias capas recamadas, sus blancos caballos y sus fortunas volcadas a favor del mayor esplendor de los desfiles procesionales; cofradías de características tan acentuadas como la de San Juan, con sus túnicas blancas, de "vivos" rojos, y sus capuchas, sin capirote de cartón, caídas sobre la espalda, que no paró mientes ni sacrificios para acicalar el trono de su titular con flor ó tulipa, "prisma" ó bombilla, lazada ó perifollo habido y por haber; detalles como el de los sayones de túnicas mugrientas, manchadas por el vino de las múltiples tabernas del itinerario, el desfile bullanguero de las imágenes antes de la procesión en sus traslados de los cocherones donde los tronos se "vestían" a la iglesia, al son de un pasodoble torero. . . Todo lo cual levantó la auténtica hechura, el tono verdadero, un tanto estridente a veces, de la Semana Santa minera.